

EL

ESTANDARTE,

PERIODICO

DE CUESTIONES, MATERIAS E INTERESES MILITARES.

DEL TURNO DE EXCEPCION.

El objeto de las nomenclaturas es la claridad, que procede naturalmente del deslinde de las cosas, asuntos ó materias, y de la clasificacion y exacta definicion, título ó denominacion de ellas. Pero cuando las nomenclaturas aglomeran, sin conocida necesidad, nombre sobre nombre y calificacion sobre calificacion, desmenuzando demasiado las diferencias, se hacen difusas y enredosas aquellas, y en lugar de ser conducentes al órden y claridad de las ideas, las embrollan mas bien y las obscurecen y confunden. Esto es á nuestro entender lo que ha llegado á suceder con la expresion de *turno de excepcion*, que, llamado tambien de *eleccion* en los artículos 9.º, 10.º, 11.º y 12.º del decreto é instruccion de 26 de abril de 1836, sobre

ascensos, se establece primero en el 9.º y 12.º, bajo esta segunda denominacion, para ascender de cabo á sargento, de esta clase ó de la de cadete á oficial, de capitán á gefe, y de teniente coronel inclusive arriba, lo que, como se vé constituye una regla muy general; y se califica en seguida de *excepcion*, como si la excepcion no fuese una cosa fuera del órden admitido y comun, ó cual si lo establecido como regla fundamental pudiese al mismo tiempo tenerse por una excepcion. ¿Y qué regla mas fundamental que la que generaliza el ascenso por *eleccion* aplicándole á ocho categorias, y dejando el turno de antigüedad, llamado *ordinario*, no sabemos por qué, reducido solo á tres, á saber: de subteniente ó alferez á teniente, de teniente á capitán, y de comandante 2.º á 1.º?

Resulta de estas sencillas reflexiones, que el turno llamado, ya de *eleccion*, ya de *excepcion*, en los expresados articulos, es verdaderamente de *eleccion*; denominacion explícita y positiva que explica bastante bien el motivo legitimo del ascenso, bajo este aspecto, y que, suceda lo que sucediere, no debe entenderse nunca sino en el concepto de la mayor aptitud y capacidad, bien ó mal comprendida una ú otra; mientras que la de *excepcion*, sobre no cuadrar, como acabamos de ver, al caso para que se emplea, tiene ademas los inconvenientes de no caracterizar la aplicacion, objeto ó motivo de su uso, y de presentar una expresion ambigua ó poco franca, que puede dar lugar á malignas interpretaciones. Hoy la calificacion de *turno de excepcion* ha llegado, con razon ó sin ella, á hacerse muy sospechosa. Se obtienen turnos de *excepcion*, distintos sin duda del de *eleccion*; pues que, no pudiendo menos este de

tener por base la calificación general de aptitudes, existe de hecho en los registros ó documentos debidamente autorizados, y no necesita por lo tanto de acreditarse con una real orden. Por otra parte los artículos 13 y 14 del citado decreto, desentendiéndose en parte de la significacion lata y explícita dada en los artículos precedentes al *turno de excepcion*, se prestan en algun modo á que se entienda por verdadero turno de excepcion el de *los militares promovidos sobre el campo de batalla, de los propuestos para el empleo inmediato por los generales de los ejércitos; y de los que, por recompensa de acciones de guerra, se manden ascender por expresa real orden en dichos turnos*; que á nuestro entender son lógicamente los verdaderos turnos de esta especie, pues que son el resultado de las eventualidades de la guerra y se hallan del todo fuera del orden reglamentario y constante de ascensos. De esta consecuencia natural, y del verdadero valor y propio significado dado á la expresion *turno de excepcion*, creemos ha debido resultar la diferencia establecida de hecho hoy entre este y el de *eleccion*. En este estado, es fácil y aun natural hasta cierto punto que la palabra *excepcion*, que tiene el inconveniente de presentar un sentido misterioso y nada explícito, sea entendida de una manera poco favorable, dando tal vez márgen á que se crea que el turno de *excepcion* viene en la realidad á ser reservado para agraciar á favoritos, ó para aventajar á aquellas personas que tienen por sistema el adelantar su carrera á fuerza de empeños é importunidades. A nuestro entender se descargaría á la superioridad de una grande responsabilidad y se le escusaría muchas injustas censuras, si, cualquiera que sea hoy el

valor, efecto y resultado *del turno de excepcion*, se quitase enteramente este, dejando los de ascenso reducidos al de antigüedad y al de eleccion.

En una série de artículos consecutivos nos ocuparemos de este último modo de ascender, considerándole como sistema, y examinando sus graves y numerosos inconvenientes.

REVISTAS.

Hemos asistido estos últimos dias á las revistas pasadas sucesivamente á todos los regimientos de infantería que se hallan de guarnicion en esta capital. Creemos que en punto al completo del vestuario y equipo, nada dejan que desear estos cuerpos, siendo en general sobresaliente su estado de policia, así como, con pocas excepciones, la colocacion de prendas. El aire y posicion del soldado se van tambien mejorando, aunque con lentitud, por no ser esta la parte que, por mas celo y esmero que haya en los superiores, pueda infundirse en poco tiempo. Sin embargo, en los desfiles hemos observado que los gastadores y las compañías de granaderos, unos cuerpos mas y otros menos, llevan buena actitud, marchan con soltura y precision, y mantienen la cabeza y la parte superior del cuerpo en buena posicion, sin tiesura ni envaramiento, cosa que no suele conseguirse del recluta, sino despues de muchos meses de hallarse terminada su instruccion elemental. Envanecidos sin duda aquellos por marchar á la cabeza de sus batallones, y persuadidos con fundamento de que su buen as-

pecto ha de influir poderosamente para el concepto que se forme de la fuerza que los sigue, se esforzaban en parecer bien, y en efecto lo consiguieron completamente. Es ya un grande progreso el que las cabezas de los batallones obtengan este talante militar y el noble orgullo del que saca su origen, el que en breve se difundirá indudablemente en las demas fracciones, haciendo mentir del todo el injusto concepto con que, hasta hace poco, se ha ofendido á la privilegiada disposicion del soldado español y á su singular aptitud y flexibilidad para las posiciones y movimientos que se les quiera enseñar. No pretendemos con esto dar á entender que las demas compañías carecian de aire y posicion, y sí solo que en uno y otro las aventajaban algun tanto aquellas, pará lo que les ayuda indefectiblemente mucho la mayor estatura, que naturalmente ha de dar mas realce y efecto á cuanto hagan.

Nuestra infantería, á juzgar de toda ella por la que vemos en la capital, se halla ya en un brillante estado. La emulacion ha hecho prodigios en ella, y produce cada dia nuevos adelantos. Los oficiales tienen en general excelente posicion, y conociendo el precio y buenos resultados de la uniformidad, van aproximándose á la perfeccion en este punto. Un escalon aun, un esfuerzo mas, y conseguiremos pisar la línea en que forman los primeros cuerpos de infantería de Enropa. Nos falta, es verdad, una escuela general especial, en donde la uniformidad de la instruccion y los procedimientos militares de cada arma se fundan, bajo todos conceptos, en un propio y único molde; sin embargo, aunados los regimientos que se hallen en unas mismas guarniciones, en sus prácticas y estilos, en fuerza de su

contacto y de su frecuente reunion en las formaciones, pueden hasta cierto punto remediar aquella carencia, y fundar un núcleo de uniformidad que, siquiera por mera imitacion, se extendia despues á los demas cuerpos de la Península. Aun tenemos que conseguir y generalizar algunas cosas en la tropa: la cuadratura del busto; alguna mayor inclinacion habitual hácia adelante; la inmovilidad de los hombros; la total del hombre en la fila, mientras no esté en descanso; la ejecucion briosa, precisa y bien cadenciada de los movimientos del manejo del arma, y la firmeza y seguridad en las diversas posiciones de ella, son cosas que aun dejan mucho que desear; pero que estamos en camino de conseguir, y que vamos á obtener luego, si no nos dejamos alucinar por el solo brillo de la sobresaliente policia, y de algunas otras cosas igualmente importantes que ya tenemos conquistadas; si, demasiado satisfechos de lo que hemos hecho, no nos complacemos demasiado en contemplarlo, volviendo la vista atrás, en vez de fijarla adelante y de esforzarnos en marchar sin detencion en la senda de las mejoras. Respecto á los oficiales y demas individuos del cuadro, la difundicion general del buen estilo en las voces de mando, y la uniformidad absoluta en aplicar á la tropa el sistema y método de la instruccion, son cosas de igual importancia, que no depende de ellos, considerados aisladamente; y que solo la constancia de un sistema estricto y bien generalizado puede producir en cada regimiento, y quizás en todos los de una misma guarnicion, si quieren entenderse y concertarse estos en una materia tan importante.

En honor no solo del arma de que acabamos de hablar sino tambien de las demas del ejército debemos manifestar

que, tanto por las noticias que hemos adquirido directamente de Cataluña, como por relaciones de algunos extranjeros que han recorrido últimamente el principado y que desde Francia nos las han trasmitido, parece indudable que las tropas que se hallan en aquel país se encuentran en un estado de brillantez, de disciplina y de adelanto táctico y administrativo capaz de satisfacer á los militares mas difíciles y exigentes en estas materias.

3^a EXPEDICION Á SOLSONA.

ACCION DE PERACAMPS.

Tercero y último parágrafo.

Sobre esta escena agitada en que se hallaban empeñadas tantas luchas y movimientos, descollaba, ileso aun é imponente, el pueblecito de Peracamps, sobre el cual ondeaba una de las banderas del enemigo. Desde el punto que ocupábamos, y que se hallaba debajo del fuego de su artillería, se veían algunas de sus tropas dispuestas en masas hacia la mitad de la altura en que está situada aquella poblacion, y otras asomando en las crestas y hacia los lados y retaguardia del cerro.

Permanecimos así cerca de media hora, sin movernos de nuestra posicion y sin que el enemigo hiciese por esta parte ninguna demostracion hostil. Nos disponíamos entonces á correrlos algo á la izquierda, para seguir el movimiento de

lo restante de nuestra division hácia este lado, cuando unos alaridos prolongados y un fuego vivísimo, roto de repente á la derecha y casi á retaguardia del pueblo de Peracamps por este costado, llamó toda nuestra atencion. Un murmullo enérgico de sorpresa y satisfaccion corrió eléctricamente por las filas de nuestros batallones: una revelacion pareció hacerse en aquel momento hasta á los hombres mas rudos. Sin duda adquieren á veces estos, en las ocasiones supremas, una especie de don de segunda vista que los ilumina fugazmente sobre los grandes intereses que tienen en juego: la terrible alternativa de la vida y de la muerte es un poderoso estímulo para la imaginacion, y un grande elemento de saber y de intuición. Como quiera que sea, lo cierto es que al oír las primeras detonaciones, salieron de las filas las voces alborozadas de *¡el general Vanhalen! ¡el ataque de la columna del camino!.....* Al instante dos balas de cañon, disparadas de Peracamps, abrieron otros tantos portillos en el frente de nuestro batallon, que, desfilando por la izquierda sin detenerse y á buen paso, se puso en breve, si no fuera del alcance, á lo menos algo desviado de la punteria demasiado certera de la artilleria enemiga. Al mismo tiempo se hizo oír un redoble en toda nuestra division, cuya mayor fuerza se hallaba reunida, formada diagonalmente hácia la izquierda de la posicion de Peracamps, y su centro casi en frente del reducto que la flanqueaba por este lado. Esperamos aun algunos minutos á que se concentrasen hácia nosotros los dos batallones, que durante casi todo el tiempo trascurrido habian estado empeñados con el enemigo sobre nuestra derecha; y en fin, al verlos asomados ya á poca distancia del collado en que nos encontrábamos, se adelantó el general é hizo formar en columna de ataque por batallones, uno de los de la derecha desplegado á alguna distancia de nosotros y un poco adelantado, recibiendo el restante, que acudia á todo lo que podia andar, la órden de seguir en reserva á retaguardia del centro y casi detras del costado izquierdo del batallon desplegado. En este estado, desenvainó Aspiroz segunda vez su espada, y dando con voz grave y sonora las voces de *¡viva Isabel II! ¡viva la libertad!* que fueron repetidas

con entusiasmo en toda la línea, marchó, acompañado de sus ayudantes, al frente del intervalo de los batallones del centro, seguido con toda decision de la tropa que él mandaba.

Unos seiscientos pasos nos separaban del punto culminante de la posicion enemiga. Durante este tránsito padecimos mucho: el fuego de la artillería, bien que fijante, era demasiado certero para no hacernos experimentar grandes y numerosas pérdidas: á medida que avanzábamos, la metralla iba abriendo frecuentemente nuestras filas, y la fusilería no escaseaba tampoco sus tiros. Con el estruendo de las detonaciones, ya no se oía el fuego del ataque opuesto que tanto habia animado á nuestra tropa: confundidos bajo los proyectiles enemigos, nos creíamos ya los solos expuestos á ellos: nuestros soldados empezaban á desanimarse: de vez en cuando se veia á algunas de nuestras masas ondular ó detenerse; pero entonces la voz siempre firme y esforzada del general Aspiroz venia á inspirarnos valor: tenia el ojo á todo, y al mismo tiempo que no perdía de vista los movimientos ó actitud del enemigo, la dirigia sin cesar hácia su tropa, acudiendo á la que veia vacilar, y sosteniendo los ánimos sucesivamente, segun veia que lo necesitaban, con la breve y enérgica elocuencia militar, propia del momento crítico en que nos encontrábamos. Distintamente le oi algunas veces, en el mortífero trayecto que regábamos con nuestra sangre, estas y algunas otras expresiones parecidas: *Granaderos! ¿os quedareis atrás?..... Almansa! conmigo!..... ¿que se dirá de los valientes de Jaen!..... San Fernando! Valladolid! Seguid á vuestro general!!!.....*

En fin llegamos á la mitad de la subida, que nos abandonaron los batallones carlistas retirándose á la cresta, desde donde, al abrigo de sus parapetos, dirigieron sobre nosotros un fuego graneado terrible, reforzado aun por el de las tropas que estaban detras de ellos. Algunos de nuestros batallones se detuvieron sufriendo á pie firme aquel huracan de plomo y yerro: otros, acribillados ya, no pudieron resistir, y retrocedieron desordenados. Nuestro ataque fue completamente rechazado esta vez, y el general,

viendo inútiles sus esfuerzos y temeroso de que se le desbandase la division, hizo retirar todas las fuerzas empeñadas, y marchó con ellas á rehacerse, no sin sufrir considerables pérdidas, fuera del alcance de la fusilería enemiga.

Se iba restableciendo el orden, y casi todas las columnas se hallaban ya reorganizadas, cuando, desde el punto que ocupábamos y del que se distinguía parte de la division de la derecha, vimos de repente ondular en ella un grupo de penachos brillantes, que desde la retaguardia á la cabeza, recorría velozmente el fondo de las columnas, en medio de vivas y aclamaciones. Esta vista electrizó de nuevo el ánimo, un momento abatido, de nuestros soldados, y al observar que toda la division de la derecha volvía á emprender la marcha al frente con gritos de entusiasmo, salió del centro de nuestras filas la voz esforzada de: *adelante!* la que volando al momento de batallon en batallon, repetida briosamente por mil bocas, hizo comprender al general Aspiroz que aun podia contar con sus tropas. Aprovechando este primer momento, mandó avanzar de nuevo toda la division, lo que efectivamente se verificó simultáneamente por todos los cuerpos de ella. Sin embargo, la marcha era compasada y carecia aun de arranque: se advertia en ella el efecto del desgraciado ataque que habia precedido: no podia menos de reconocerse cierta indecision, cierto recelo en el talante y aspecto de toda esta tropa: el mas absoluto silencio reinaba en ella, y se echaba de ver que tenia instintivamente todos sus sentidos concentrados y todos sus oidos atentos á lo que debia acaecer de un momento á otro con la division de la derecha, que una ondulation del terreno acababa de ocultar á nuestra vista.

En este período de sobresalto y perplejidad, en que las mejores tropas del mundo se hallan tan prontas á atacar con denuedo como á huir vergonzosamente; en que todo depende de una manifestacion insignificante, de un aspecto inopinado, de una impresion cualquiera, se oyó, á la derecha de nuestro frente, un fuerte cañoneo, seguido casi inmediatamente de un vivísimo fuego de fusilería. A este rui-

do, esperado con ansiedad por toda nuestra línea, onduló esta de una manera notable hácia adelante, y una especie de bramido prolongado corrió eléctricamente por toda ella. En el mismo instante el grupo de penachos que habíamos visto poco antes en la division de la derecha, asomó por una pequeña ladera que teníamos á este lado, dirigiéndose, al parecer, á toda rienda hácia nosotros; pero al ver que estábamos tambien en movimiento, se detuvo y siguió marchando paralelamente á nuestra direccion, manteniéndose á igual distancia de la columna de la derecha y de la nuestra. Esta doble circunstancia aumentó el ardor de nuestros batallones, y la certeza de operar á la vista del general en jefe y de que este observaba al mismo tiempo el comportamiento de ambas divisiones, llenando de emulacion á todos, volvió á renacer el deseo de distinguirse, y no fue dudoso, desde aquel momento, el éxito de la jernada.

A poco rato empezamos de nuevo á sufrir el fuego del enemigo; pero menos nutrido esta vez, distraida gran parte de su fuerza en hacer frente á la que le atacaba por su izquierda. Llegábamos ya á la parte inferior del declivio que poco antes habíamos dejado regado de sangre y sembrado de cadáveres, cuando vimos separarse del grupo en que se hallaba el general en jefe y venirse al escape hácia nosotros, un oficial de estado mayor, que acercándose al jefe de nuestra division, le dijo algunas palabras y se dirigió con él á la izquierda de nuestro frente, movimiento que fue mandado ejecutar en el instante mismo por todos nuestros batallones.

Marchamos así durante algun tiempo recibiendo en el flanco derecho el fuego del enemigo; pero conociendo este que nos dirijíamos á envolver su posicion por su extremo derecho, y temeroso de ser atacado casi por la espalda, replegó en un momento la dilatada línea que nos fusilaba desde la altura siguiendo nuestro movimiento, la cerró en masa, y la colocó, parte desplegada y parte en columnas de ataque, escalonada sobre el declivio en que terminaba por este lado el cerro y posicion total de Peracamps; de manera que, al empezar las cabezas de nuestras columnas á va-

riar de direccion á la derecha para completar su movimiento, encontramos á las tropas carlistas atravesadas sobre nuestro paso. Esta vista fue acompañada de una descarga casi general de sus batallones, que, dispuestos en anfiteatro y casi en ajedrez sobre la falda bastante pendiente de la altura, nos cojian de arriba abajo, con todas sus líneas de tiro despejadas, mientras que las de nuestras columnas de la derecha eran las únicas que se hallaban descubiertas. El momento era en extremo critico. Cualquiera podia comprender que, de un fuego tan desigualmente sostenido, y de la ventajosisima posicion que ocupaba el enemigo, debia seguirse en breve el destrozo y derrota completa de toda la division. El general Aspiroz lo conoció al instante, y lanzándose con impetuosidad á la cabeza del batallon que se hallaba mas comprometido, y que se habia detenido dando principio á un fuego graneado bastante vivo, hizo cesar este, y marchó con aquella intrépida tropa, bayoneta calada, á atacar á la primera fuerza contraria que se encontraba á su frente, despues de mandar á sus ayudantes que con toda celeridad difundiesen en todos los batallones de la division la órden de seguir su movimiento, y de cargar cada cual simultáneamente, en la misma forma, á la tropa enemiga que le estuviese mas inmediata. El efecto de este ataque general, el único que convenia al caso, fue admirable. Apenas tuvimos alguna pérdida. Los carlistas, que todo lo esperaban de la multiplicacion y de lo compacto de sus fuegos, se desanimaron al ver que estos no nos detenian. Su disposicion, excelente para el efecto de los mismos, les fue fatal, por la diseminacion que ofrecia, luego que se hizo preciso oponerse á un avance general de todas nuestras fuerzas. Hacinadas las suyas en una superficie estrecha, se embarazaron unas con otras, y batidas que hubimos las primeras, el desórden de estas se propagó á las que acudian á sostenerlas, y en un momento la confusion mas espantosa reinó en aquellas tropas, que, perseguidas en grupos informes, y á bayonetazos hasta la entrada de Peracamps, entraron revueltas con las nuestras en el pueblo. Allí la lucha tomó otro carácter: al abrigo de las casas, se rehicieron los fugitivos, y se trabaron mil combates par-

ciales que, por mas de tres cuartos de hora aun, dificultaron la ocupacion total del lugar. En fin dos batallones de la columna que operaba á nuestra derecha, y que durante nuestro movimiento habia atacado todo el centro de las posiciones del enemigo y le habia tomado uno de sus reducos, viéndose desocupados por aquella parte, se dejaron caer sobre la entrada de Peracamps, opuesta á la en que nos encontrábamos, cargando y matando cuantos se oponian á su paso.

Este último ataque, en que fue herido gravemente el general Segarra, gefe en aquel dia de todas las fuerzas carlistas, fue decisivo, y obligó al enemigo á evacuar del todo el pueblo. Alguna tropa nuestra le siguió el alcance; pero su infantería habia tenido tiempo de rehacerse, y dispuesta en bastante buen orden y apoyada en su derecha por los fuegos del reducto que aun le quedaba, facilitó la incorporacion de las últimas fuerzas que nos habian disputado la posesion del lugar, sosteniendo su retirada, y siguió estableciéndose desigualmente en los parapetos, caseríos, y escabrosidades que se elevaban en anfiteatro á retaguardia del reducto, quedando protegido inmediatamente este con una masa colocada, como escalon mas avanzado, al abrigo de sus fuegos.

Este reducto era bastante bien construido, y la naturaleza frágosa del terreno en que se hallaba se habia aprovechado con mucha inteligencia. Solo habia en él un cañon de bronce, el que, colocado á barbata sobre un afuste bien acondicionado y en un punto perfectamente escojido, barria, uno despues de otro y á mucha distancia, todos los aproches anteriores y laterales de la plaza. El general Aspiroz, despues de dar sus órdenes para que la division tomase posicion en la que acabábamos de arrancar al enemigo, y para que se destruyesen todas las fortificaciones y obras defensivas de ella, se adelantó con una corta fuerza, á reconocer de cerca el reducto, á fin de elegir el punto mas conveniente para atacarle.

Apenas pudieron entretanto tomar un corto descanso nuestras tropas, ocupadas casi todas en volar y allanar cuantos reparos habian construido los carlistas para hacer-

se inexpugnables en aquel punto, eje, centro y apoyo de todos sus movimientos hasta entonces en lo que llevábamos de día.

A cosa de las cuatro de la tarde, el general en jefe, que habia entrado en Peracamps por la derecha á la cabeza de su estado mayor al mismo tiempo que nosotros, y que habia permanecido en el pueblo solo el tiempo necesario para ver asegurada su posesion, nos envió una pieza de á doce, que venciendo mil dificultades, pudo al fin llegar á donde nos hallábamos. Este auxilio nos era indispensable para el ataque del reducto, que, sin ser previamente batido, no era de naturaleza á ser tomado por medio de un ataque brusco. Al instante se situó el cañon, cuyos disparos fueron tan acertados que al poco rato se consiguió desmoronar la fábrica que componia el ángulo saliente del reducto que hacia frente á Peracamps, á pesar del vivísimo fuego que de todas partes nos dirigian las tropas carlistas. El general Aspiroz hizo entonces avanzar á los tres batallones que se hallaban mas inmediatos, á fin de no dar tiempo al enemigo de guarecerse detras de la brecha, y dirigió personalmente y en derechura á ella el del centro, disponiendo que los otros dos flanqueasen el reducto, para hacer frente á las fuerzas que se hallaban en posicion á retaguardia, y dirigir en lo posible sus fuegos sobre los defensores del fuerte. Al mismo tiempo un batallon se adelantó á sostener el ataque dirigido contra la plaza, y lo restante de la division formó en la parte exterior de Peracamps que miraba al enemigo, con el objeto de hallarse pronto para lo que pudiera sobrevenir.

La resistencia fue bastante obstinada. Las tropas enemigas que guarnecian el reducto se defendieron con encarnizamiento detras de las cortaduras que de antemano habian practicado á retaguardia del recinto, animadas con la proximidad de sus reservas; pero estas fuerzas fueron contenidas por el movimiento lateral de los batallones de que hemos hablado, y por el de toda la izquierda de la columna que teníamos á la derecha, y que se movió en aquel momento para hacer frente por esta parte á las tropas realistas, impedirles sostener á las que se hallaban en el reducto, ó

atacarlas en caso necesario. En fin, despues de veinte minutos de lucha y de mortandad, el reducto quedó en nuestro poder, escapándose con gran trabajo algunos de los que le defendian, á favor del fuego bien dirigido de las fuerzas situadas en las alturas que se hallaban á la espalda de aquel. En el momento en que se completaba la expugnacion del fuerte, una bala de fusil, quizás la del último tiro disparado por sus defensores, hirió al general Aspiroz por debajo de la rodilla derecha, rompiéndole el hueso y derribándole en el suelo, á tiempo que, cruzado de brazos sobre lo alto de la brecha y considerando terminado por entonces el combate, inclinaba la cabeza hácia uno de sus ayudantes, mandándole que diese la orden al batallon que se hallaba á retaguardia, para que entrase en el reducto y procediese sin pérdida de tiempo á demolerle é inutilizarle.

La desgracia del general Aspiroz, que á los pocos dias debía completarse con su muerte, por haberse negado obstinadamente á que le hiciesen la amputacion, fue sentida por toda la division. La mayor parte de los soldados bramaban de ira pidiendo el ir á vengar la herida de su gefe en los batallones enemigos que aun permanecian á nuestra vista coronando los collados inmediatos: muchos pateaban de cólera, achacando esta desgracia á la temeridad del general, y echándole en cara con cordial aspereza su denuedo y su mania de ponerse siempre en los puntos de mayor peligro. Se le motejaba con calor, por los infinitos riesgos á que se habia expuesto durante todo el dia, y por la falta que iba á hacer su presencia para terminarle tan felizmente como habia principiado; quejas bruscas y afectuosas á un mismo tiempo, y que, mejor que las expresiones sentimentales de la mas exquisita ternura, pintaban el amor que se le tenia y la estimacion general de que gozaba. Es verdad que Aspiroz merecia bien estas sinceras y enérgicas alabanzas. Su carácter era fuerte, pero bondoso: amaba al soldado, y sabia hacerse amar de él: poseia el don de hablarle y de electrizarle; le entendia, conocia sus necesidades y se ocupaba incesantemente en remediarlas: era justiciero, pero indulgente, siempre que de ello no sufriese la disciplina. En fin lo que completa su elogio y que

mas le grangeaba el afecto de la tropa, consistia en que se habia resignado á sufrir las mismas privaciones é incomodidades que el último soldado del ejército, llevando igual vida que este, vivaqueando en medio de su division, ó alojándose despues de todos, cuando se acantonaba esta en algun pueblo.

La toma del reducto fue el último acontecimiento notable del dia. Desde aquel momento, la accion, bien que generalizada en todas las columnas y sobre todo nuestro frente, degeneró en combates y movimientos parciales. Los enemigos, desanimados con la pérdida de los fuertes puntos de apoyo que ligaban y daban consistencia á sus líneas y á sus maniobras, no hicieron igual empeño para la defensa en los demas, y se retiraron sucesivamente de posicion en posicion, y de eminencia en eminencia, abandonándonos de esta manera, y uno por uno, sus parapetos, reparos y casas fortificadas, hasta mas allá de las llamadas del Boix; sin dejar con todo de batirse en cada uno de estos puntos, con la constancia que en todas ocasiones ha distinguido á la especie de tropa que nos hacia la guerra.

Nuestra division quedó formada, con las armas en pabellones, mas allá del reducto, ocupada parte de ella en acabar la demolicion de este.

La mayor parte de la columna que teníamos inmediata á nuestra derecha, siguió el alcance del enemigo.

La division que, desde el principio de la accion, dejamos siguiendo la direccion del camino de Solsona, habia verificado varios ataques á la inmediacion del mismo, y tomado á la bayoneta una casa aspillera defendida por dos piezas que formaba el reducto de la derecha. La caballeria que la acompañaba, y que, á excepcion de algunas mitades que siguieron los movimientos de las demas columnas, sin poderles ser casi de utilidad alguna en el áspero terreno que recorrieron, se le reunió toda, por ser mas á propósito para los movimientos de esta arma el ámbito en que debia operar aquella division, tuvo que limitarse á marchar en dos columnas, cubiertas por tiradores, evolucionando brillantemente y con toda serenidad en medio del fuego, segun lo habian requerido las circunstancias; pero sin hallar ocasion

de llegar á las manos con la caballeria contraria, que, fuerte de unos cuatrocientos ginetes, comprendidos los trabuqueiros de Balmaseda, no entró en accion, manteniéndose en columnas á mucha distancia, y dejando ver solo de cuando en cuando las cabezas de las mismas. Esta tercera division habia avanzado considerablemente, y dejando á su caballeria en el llano, se encontraba empeñada con el enemigo en combates parciales, hasta la espalda de las casas del Boix.

En fin la columna del extremo derecho habia manobrado todo el dia, y desde mas de dos horas se batia con las tropas realistas, flanqueando la izquierda de estas en lo mas elevado de las cumbres de este lado.

Asi pues, todas nuestras columnas habian operado con concierto, y, aunque de muy diversa manera, con igual éxito; apoderándose, cual mas, cual menos, de las posiciones ocupadas sucesivamente por el enemigo, y de los numerosos reparos y defensas con que las habia fortificado.

A cosa de las siete de la tarde el general Vau-halen dió la operacion por terminada, y viendo al enemigo en completa retirada, reunió todas las divisiones en Peracamps y sus alrededores, en donde acampamos hasta el dia siguiente. Estabamos rendidos de cansancio: llevabamos ocho horas de fuego continuo, y once de marchas y movimientos.

Tal, poco mas ó menos, fue la accion del 24 (1), en

(1) Nada nos ha quedado que hacer para reunir cuantas noticias nos ha sido posible obtener relativamente á la accion de Peracamps. Desgraciadamente no existe en las relaciones y archivos que se nos ha permitido registrar, ningun plano ni explicacion detallada de los movimientos; y por otra parte algunos de los oficiales que se encontraron en aquella operacion, y que por lo mismo han sido consultados sobre aquellos, solo pudieron darnos detalles locales, referentes á lo que ejecutaron las fuerzas de que hicieron parte. Nos disimularán pues aquellos de nuestros lectores que se hallaron en la tercera expedicion de Solsona, los yerros de detalles en que podemos haber incurrido; haciéndose cargo que en una descripcion de esta naturaleza no hemos podido menos de suplir á veces con la invencion los datos que nos han faltado; pero, excepta la parte puramente dramática del asunto, podemos asegurar que nos hemos conformado á los movimientos consignados en los partes oficiales y á las relaciones de algunos testigos oculares, en términos de no ser probable.

que las tropas carlistas, bien que superiores en número á las nuestras, y posesionadas de fuertes posiciones que los trabajos de mas de dos meses habian hecho casi inexpugnables, fueron, como frecuentemente les sucedia, batidas en todos los puntos; sin que esta ventaja, mas aparente que real, si se atiende al sistema de guerra sostenido por aquella, nos proporcionase otra utilidad que la de facilitar alguno tanto la conduccion del convoy á Solsona.

El general en jefe no se hacia ilusiones sobre las consecuencias de nuestras inútiles victorias: asi es que, no perdiendo de vista el único objeto que se habia propuesto en el combate de Peracamps, salió antes del amanecer, con parte de la caballeria y algunos batallones, á completar la destruccion de cuantos parapetos y defensas habia dispuesto el enemigo en el terreno ocupado por este el dia antes. Esta operacion se verificó sin oposicion por su parte, y sin que ni siquiera se presentase á impedirla, y á las once de la mañana llegó el general á S. Pedro de Padulles, despues de destruidas casi todas las fortificaciones construidas en las asperezas en veinte y seis caseríos, trasformados poco antes en otros tantos fuertes.

Las demas fuerzas se retiraron entre tanto á Biosca, á donde llegó tambien el convoy en la noche del 25; quedando de este modo dispuesto todo, como se habia proyectado, para asegurar su conduccion.

Pero nos las teníamos con un contrario incansable, é incapaz de desanimarse por ninguna especie de revés. Apenas llegamos otra vez á descubrir las posiciones defendidas por el enemigo en la jornada del 24, cuando las vimos coronadas de nuevo por las tropas carlistas, que durante la noche habian construido otros parapetos, y tenian todas sus fuerzas reunidas, al abrigo de ellos, en las crestas que

mente lo que nos hemos tomado la libertad de aumentar, sino el desarrollo de las maniobras que, concertadas con aquellos, debieron, con poca diferencia, ser practicadas en aquel dia, y que, de todos modos, hallándose conformes con los principios militares y con los de la táctica, aun suponiéndolas algo distintas de la verdad de los hechos, siempre tendrian la ventaja de presentar una regular y útil aplicacion de las mismas á los casos de la guerra.

dominan el desfiladero por donde serpentea el camino de Solsona.

Sin embargo de esta demostración, las consecuencias de la acción del 24 tuvieron el resultado que de ella se esperaba, impidiendo al enemigo que pudiese hacer grandes esfuerzos para oponerse á nuestra marcha. Con todo, nos fue preciso maniobrar casi constantemente para conseguir nuestro objeto. Simulamos varios ataques, en posiciones combinadas sucesivamente de manera á facilitar la marcha del convoy, que en efecto apenas se detuvo un breve rato en todo el día: una de ellas fue en las cumbres llamadas del Milagro, en donde ofrecimos varias veces la batalla al enemigo, sin que este diese muestra alguna de admitirla. A pesar de las repetidas tentativas de las tropas carlistas para oponerse á nuestra marcha, y de una tempestad furiosa, que bramó por mucho tiempo sobre nuestras cabezas, el ejército siguió su avance, maniobrando como en una parada, en medio de torrentes de agua y del continuo amago de los ataques del enemigo, y llegó por la noche á Solsona.

La acción de Peracamps no tuvo otro resultado estratégico que el de abastecer á Solsona, y prolongar por consecuencia su defensa. Al salir de la plaza, tuvimos que renovar la misma serie de combates, para abrírnos por tercera vez paso por en medio de las fuerzas del Pretendiente. En la clase de guerra que hacíamos, de nada servía lo hecho: era preciso empezar cada día. Las operaciones no tenían mas objeto que el del momento: su resultado, siempre fatal para nosotros, cuando nos era desfavorable, apenas tenía consecuencias para el enemigo, en el caso de serle adverso. Recordé mi encuentro con el oficial de estado mayor en la mañana del 24, y mas que nunca me pareció fundado su dicho. En efecto, falseados de continuo, en la clase de lucha que sosteníamos, los principios de la guerra metódica y todos los cálculos estratégicos, nada había positivo ni trascendental en nuestras operaciones y combates, sino el recuento de los muertos y la comparación respectiva de las bajas en uno y otro ejército: el que tenía á su favor este sangriento balance era indudablemente el que

ganaba, hubiese quedado, ó no, dueño del campo de batalla. En el estado en que se encontraban los contendientes, era casi indiferente obtener victorias: la verdadera ventaja consistía en matar á muchos contrarios. Las guerras civiles son tan poco filosóficas como científicas, y por lo comun no acaban sino por falta de combatientes ó por el aniquilamiento total de uno de los partidos. Mirado bajo este aspecto, el resultado de nuestros esfuerzos debia dejarnos satisfechos: la accion del 24 habia costado seiscientos hombres á los carlistas, que, obligados de continuo á retroceder en aquel dia, perdieron casi todos sus heridos; mientras que nosotros salvamos los nuestros, que ascendieron á cerca de cuatrocientos, teniendo solo de este modo unos ciento y tantos muertos, que fueron los que quedaron en el campo de batalla.

REMITIDO

JUSTICIA MILITAR.

La recta administracion de justicia es uno de los ramos mas delicados de la sociedad. De ella depende en parte la felicidad de una nacion, porque de ella depende la felicidad de las familias. Si de las consideraciones generales que envuelve aquella palabra con el espíritu que le hemos unido, descendemos á analizar alguna de las divisiones que comprende, pronto llegaremos á fijarnos en la *justicia militar*, para decir, sobre el modo con que se administra en nuestro ejército, lo que la experiencia nos ha enseñado.

A nadie se le oculta la oscuridad en que se halla la legislacion militar que nos rige; sin que pretendamos echar por ella la culpa á nadie, sino á la necesidad mis-

ma con que ha sido preciso luchar, y lo será siempre en un punto, quizá el mas digno de atención en la milicia, cuya base es la subordinacion y la disciplina, que se sostiene, por mas doloroso que sea el decirlo, en gran parte entre las clases inferiores, por el rigor de las leyes penales. Por estas se juzga desde el general al simple soldado; por estas, asi se quita la vida, como se absuelve á los procesados; y es tanta la influencia que ellas tienen sobre la sociedad toda, que no solo disponen de la existencia y honor de los militares, sino de la reputacion y fama de las familias. Una sentencia condenatoria lanza un borron de ignominia sobre centenares de ciudadanos; solo porque condena á un individuo del ejército á ser fusilado por la espalda, ó bien á arrastrar una cadena, mas pesada, si se quiere, por el sello de la infamia que imprime, que por las molestias y penalidades que causa. Pero nos creemos dispensados de insistir en este tema, porque es á militares pundonorosos á quienes nos dirigimos, que tienen honor que guardar, y familias cuyo lustre deben sostener.

Nuestro propósito al tomar la pluma hoy para tratar de esta materia es otro: es el demostrar que, tal como está en el dia el método que se sigue de enjuiciar, es difícil á las personas que entienden en las sentencias militares, desempeñar unas funciones tan sumamente árduas y delicadas, sin exponerse á errores involuntarios á veces, pero trascendentales siempre. La infinidad de sentencias dictadas en discrepancia de las conclusiones fiscales; la multitud de decisiones con las cuales no se conforman los capitanes generales, que son los que deben ó no aprobarlas; y el crecido número de expedientes que pasan al supremo tribunal de guerra y marina para su revision y decisivo fallo; he aqui otras tantas pruebas de que el código penal militar no es un catecismo cual convendria que fuese, ni se halla dotado de la unidad que debiera tener. Muchas sentencias revocadas, vocales castigados, fiscales apercibidos; los unos por ignorancia de las disposiciones verdaderamente vigentes, los otros por mala inteligencia de las que han tenido á la vista, y todos con el mejor fin, con la mejor buena fé, son los resultados, á nuestro modo de ver,

de no estar entre nosotros bien determinado el modo de enjuiciar, y de no hallarse recopiladas en un solo libro las decisiones, que midan tan exacta y escrupulosamente los pasos, las acciones y aun los ademanes de los militares. Vamos á concretarnos á la persona del fiscal, que es la que, desde el principio hasta el fin, dirige la sustanciacion de los juicios criminales, hasta dar su dictámen razonado y pedir la pena que las leyes vigentes señalen al delito que se persigue.

Desde luego se echa de ver la gravedad de este cometido, bien sea mirado con respecto á la responsabilidad material é inmediata, bien atendiendo cada uno á su conciencia; en tales términos que el fiscal es el que prepara el proceso para la imposicion de la pena, que, como hemos dicho, propone al consejo de guerra, y á la cual este cuerpo se adheriria casi siempre, si nuestra legislacion no fuese por desgracia un caos tan insondable.

Segun la ordenanza general del ejército, los sargentos mayores, (ahora segundos comandantes), debian ser los encargados de sustanciar las causas; mas en atencion á que, empleados constantemente en estos cargos, no podian con desahogo atender á las obligaciones peculiares de su empleo, se previno, por real órden de 10 de agosto de 1787, que los ayudantes se encargasen de las que no fuesen por su naturaleza de la mayor gravedad; habiendo venido con el tiempo á introducirse la práctica de poner á su cuidado, absoluta é indistintamente, todas las causas que en los cuerpos se ofrecen, á escepcion de algunas pocas en que no puedan intervenir, por cualquiera inconveniente legal, las que pueden encargarse á oficiales de graduacion proporcionada á la del acusado, á la entidad del crimen, ó calidad de los procedimientos. En uno y otro caso venimos á parar en que, es siempre un ayudante ó algun otro oficial, que por mas conocimientos que posea, carece casi siempre de todos los antecedentes necesarios para desempeñar unas funciones tan difíciles como trascendentales. Si fuéramos á oir á todos los oficiales que se han hallado en apuros para sustanciar las causas, no por falta de disposicion, sino por carecer de tantas reales órdenes que hay dispersas y

tratan de esta materia, estamos seguros de que la falta que deploramos, y cuyo remedio mas adelante esplicaremos, ha puesto en compromisos fuertes á mas de uno de ellos, y que por fin habrán tenido que recurrir, despues de inútiles pesquisas, bien á su propio ingenio, exponiéndose á errores trascendentales, bien á otras personas que con igual incertidumbre hayan tenido que orientarlos. Apelamos á la memoria de todos los que lean estos renglones, para que nos digan, si no es demasiado exacto el cuadro que muy someramente vamos describiendo. Pero, se nos replicará, que el oficial está obligado á tener las ordenanzas del ejército, y aun, si se quiere, algun otro libro que le instruya y le ilustre. La ordenanza general publicada en 1768, ha tenido que amoldarse á las vicisitudes y circunstancias que sucesivamente han dominado desde entonces; ha tenido que adecuarse al espíritu del siglo en que vivimos, siglo por cierto fecundo, no solo por los acontecimientos que se han seguido, sino tambien por el desarrollo de ideas que han invadido al entendimiento humano. Abráanse, sino, las páginas de ese código tan sabio y tan bueno en su tiempo, y se verá que aquel raudaloso caudal de filosofia que encerrara, se ha desvirtuado, como se desvirtuan y evaporan con el tiempo los cuerpos *esenciales*; en tales términos, que no tenemos dificultad en preguntar, ¿qué es lo que ha quedado de las ordenanzas de Carlos III? Basta saber leer, y tener una mediana práctica en el servicio militar, para responder á esta pregunta. Apenas hay un artículo en todos sus títulos, que no se haya modificado; apenas una disposicion que no haya sufrido su auténtica interpretacion; apenas una ley penal, que no se haya anulado, bien por haber desaparecido las penas ó tormentos que en ella se imponian, bien por haberse aumentado ó disminuido la importancia de los delitos de que trataba. Pero no es esto lo peor; aun hay mas. Estas mismas disposiciones dictadas para modificar la ordenanza, han sido á su vez modificadas por otras, que han ido formando nuevo derecho despues, y lo son á cada paso, como no puede menos de suceder, en fuerza de las vicisitudes que, con la rapidez del rayo, se han ido y se van si-

guiendo de algun tiempo acá: y para concluir en pocas palabras esta revista critica, que nos hemos visto obligados á pasar á nuestra legislacion penal, diremos, sin rebozo, que ella es un largo indice de pragmáticas modificadas por otras pragmáticas, de órdenes sustituidas por otras órdenes, y de decretos anulados por otros decretos; indice que no está compilado hasta ahora, ni puede estarlo nunca cumplidamente, porque para ello seria menester imprimir uno nuevo todos los dias. El *Colon*, el *Arcilla*, y todas las demas obras que se han publicado y se publiquen sobre la matéria, ademas de adolecer de los inconvenientes que acabamos de señalar, que son gravisimos y á nuestro entender insuperables, tienen tambien la desventaja de carecer por si de la fuerza legal necesaria para que las decisiones tengan el sello de la inviolabilidad; pues solo constituyen derecho en cuanto se hallen conformes con las leyes vijentes. ¿Que remedio hay pues á ese mal, que deploramos, y con nosotros todos los que por su posición se ven obligados á intervenir en las causas militares? Lo vamos á decir en breves palabras.

En otros ejércitos extrangeros hay un empleado fiscal para cada brigada ó division, con su pequeño juzgado para los juicios criminales, aparte de los civiles contenciosos. A este empleado se le comunican todas las órdenes y disposiciones que van saliendo, y tienen relacion con la parte reglamentaria de los enjuiciamientos, ó con la parte dispositiva y penal de las decisiones. Esta série continuada de leyes, que recibe, juntamente con los códigos fundamentales de la legislacion militar y tambien de la comun, y algunas de las obras doctrinales de jurisprudencia, forman una biblioteca, que, pasando por inventario de uno á otro empleado, ilustra y precave al ministerio fiscal de incurrir en errores, poniéndole en el caso de administrar pronta, cumplida y recta justicia. Pero no seremos nosotros quienes aboguen por el aumento de un empleo, de una categoria mas en nuestro ejército, aunque creemos que produciria mayores bienes que males. Hay un medio para conciliar uno y otro. Enhorabuena que el ayudante continúe siendo el fiscal nato en su cuerpo, pero provéasele

de una oficina fiscal, con todos los libros y reales órdenes dispersas que traten sobre la materia criminal: trasládense todas las disposiciones que tengan relacion con ella, todos los decretos que anulen, modifiquen ó establezcan nuevo derecho, (¿no se hace así con las auditorias de guerra?), y nos lisonjemos en creer que este será el medio para que desempeñe cumplidamente su cometido, y para que se eviten los males de que hemos hablado. No ignoramos que hay una junta revisora de la ordenanza, de cuyo celo el ejército todo aguarda un libro completo y que contenga en sus artículos todas las disposiciones vijentes hasta el día en que se publique. ¿Pero este libro, esta ordenanza no podrá ser innovada? ¿deberá ser siempre inmutable? Creemos que no. Nuevos delitos que se cometan, diferentes circunstancias que se sucedan unas á otras, diverso modo de ver las cosas, de interpretar las acciones, y otros motivos que el tiempo nos traiga para alterarla en esta parte, harán siempre que el código de leyes penales, por mas perfecto que el sea, por mas adecuada que esté á la época, sea un libro abierto, que necesite á su final algunas páginas en blanco para ir las llenando con los reales decretos y modificaciones, que tendrán que expedirse, como sucedió desde que fué publicada la actual, de la que casi no ha quedado un artículo intacto. Concluyamos, pues, diciendo, que una oficina fiscal en cada cuerpo, en la que consten de un modo oficial, además de las ordenanzas y otros libros útiles, todas las soberanas disposiciones sobre los juicios criminales y penas militares, seria una creacion útil, tanto á los encargados de administrar justicia, como á los que tengan la desgracia de ser objeto de sus investigaciones.

Después de escritos estos renglones, y mientras nos decidíamos á publicarlos, ha llegado á nuestras manos el prospecto del *Curso de derecho militar*, que va á ver la luz pública, obra que será útil y de que no carecerá por cierto el que tanto desea tener un exacto conocimiento de la legislación del ejército; pero es menester confesar que participará de los inconvenientes señalados, y que no será suficiente para desvirtuar nuestras observaciones, y poner-

nos á cubierto de los errores de que deseamos librarnos; si bien será muy buena para enriquecer la pequeña biblioteca ú oficina, que juzgamos necesita el fiscal militar.

J. J. Moragues.

El día 11 del corriente se reunió la oficialidad del regimiento provincial de Gerona, para celebrar, con una espléndida comida de fonda, que se hicieron llevar de esta córte al real sitio del Pardo, donde se hallan, el aumento de sueldo pedido por el gobierno y concedido por las córtes á los oficiales subalternos. A este acto fueron convidados los señores empleados en aquel real patrimonio, la municipalidad y los dos oficiales del regimiento infantería de Galicia, que se hallan allí destacados. Reinó entre todos la mayor armonía y union, articulándose algunos brindis, *por la salud de S. M., por la felicidad de la nacion, al general Narvaez, á las córtes*, y otros análogos, ya en prosa ya en verso. El gasto fué hecho por los mencionados subalternos, quienes, para extender su justo regocijo á todas las clases, costearon igualmente una libra de carne y un cuartillo de vino por plaza, dividido en los dos ranchos, y una peseta á cada sargento. Finalizado aquel acto de cordial fraternidad, se retiraron todos los concurrentes, llenos de fervorosa gratitud al gobierno de S. M. por haber propuesto, y á las córtes por haber votado una medida, que la nacion toda, expresa ó tácitamente, ha reputado como justa y equitativa.

Incluimos á continuacion algunas decisiones ministeriales relativas á la organizacion de la fuerza designada para las grandes maniobras que deben ejecutarse á las intermediaciones de Burdeos.

« *Campo de ejercicio de la Gironda.*—El señor teniente-general duque de Aumale, está nombrado para mandar en jefe el campo de ejercicio.—El señor mariscal de campo Calandier, comandante del departamento del Cher, mandará la primera brigada de infantería.—El señor mariscal de campo Perrot mandará la segunda brigada de dicha arma.—El señor mariscal de campo Chabannes Lapalice, ayudante de campo del rey Luis Felipe, mandará la brigada de caballería.—El señor Chabord, teniente-coronel de estado mayor, hará las veces de jefe del mismo del campo de ejercicio.—El señor Vaudrigny Davout, jefe de escuadron de estado mayor, será empleado como tal en el de dicho campo. »

CONCLUSION DEL REMITIDO (1).

Mucho siento que los estrechos límites de un artículo no me permitan esplanar mis ideas, mis convicciones. No pasaré en silencio, sin embargo, algunos puntos de los mas importantes; conviene destruir radicalmente la falsa idea de que no somos militares, de que casi desdeñamos saber las tácticas de infantería y caballería. Eso es falso, falsísimo, los oficiales de artillería conocen las tácticas de infantería y caballería, por la simplísima razon de que la suya no es otra cosa que un compuesto, una combinacion de ambas y de la cual adquieren conocimientos prácticos tanto en los regimientos como en brigadas. Seria curioso probar si los oficiales de artillería se hallan con mas ó menos conocimientos para dirigir en sus maniobras á un regimiento de infantería ó caballería ó un oficial de aquellas armas para maniobrar con 16 ó 20 piezas. Repito que es asunto sumamente delicado el de comparaciones; que los que nos atacan llevan una gran ventaja, que nos hallamos en una posicion muy desfavorable; y que muchas y concluyentes razones no pueden ni deben consignarse, por evitar al ejército el disgusto de que cause nuevos daños esta manzana de la discordia que tan sin objeto ha sido arrojada entre nosotros por el general Preval.

(1) Véase número 5.º, página 34.

El Boletín militar reconoce la *utilidad* de la artillería pero niega la *necesidad*, y cita en su apoyo un ejemplo que es el mismísimo que hubiera yo elegido para probar lo contrario que se propone. Leamos... «pero en cuanto á su precisión (habla de la artillería) volvamos la vista al primer candillo navarro en nuestra pasada lucha, y veremos lo precisa que le fue la artillería para hacerse dueño de las provincias del norte.» Los redactores del Boletín debieran tener presente que jamás poseyó Zumalacarregui las provincias del norte hasta que se hizo con una respetable artillería. Jamás Zumalacarregui fue dueño, hablando militarmente, de un palmo de terreno, hasta que el aventajado joven artillero D. Vicente de Reina le fundió y dispuso un pequeño é imperfecto tren de batir con que atacó y tomó á Villafranca y otros puntos; el material que fue cogiendo en estas plazas sirvió de núcleo á su cuerpo de artillería, y el hombre que hasta entonces y sin este elemento de guerra, no tenía mas consideración que la de jefe de los sublevados, fue reconocido bien pronto de hecho como un general en jefe, y sus indisciplinados batallones constituyeron por solo tener artillería un ejército de operaciones.

Indica el Boletín que Zumalacarregui no adquirió sus conocimientos fundiendo cañones ni confeccionando pólvora, dando á entender que á ser de infantería se debe sus altas prendas. Esto no es exacto: si Zumalacarregui tuvo genio fue una cosa puramente personal, no adquirido en el arma en que sirvió: prueba de ello que batió muchos generales procedentes de infantería y de caballería, es decir, de su misma escuela. Pero yo creo indudablemente por mas que á ello se oponga el Boletín, que los triunfos de Zumalacarregui fueron debidos en gran parte al *espíritu del país* y que cualquiera de nuestros dignísimos y entendidos generales hubiese hecho lo mismo ó mas que él en su posición. Nadie creo que intente comparar por ejemplo los talentos militares de un conde de Sarsfield con los de Zumalacarregui.

Cabrera ha hecho, en mi humilde concepto, muchísimo mas que el caudillo navarro, y no por eso se deducirá que el principio de la carrera eclesiástica sea la mejor escuela para sacar buenos generales.

Para demostrar hasta la evidencia que la educación militar que se adquiere en artillería es completa, basta conocer la organización de nuestros regimientos y brigadas: su instrucción, su contabilidad, su disciplina es análoga en un todo á las demas armas del ejército, y con orgullo lo decimos, nuestras secciones hoy, compiten en brillantez y bren orden con las mejores tropas del ejército. En tiempo de guerra, afectos con las baterías de campaña á las divisiones del ejército, estudiando por necesidad los accidentes del terreno, reuniendo los cuidados de un jefe de batallón y un comandante de escuadrón, así tenemos que atender á nuestra gente como á nuestro material y ganado, trabajo de observación que necesariamente produce el conocimiento exacto de ambas armas. Podría muy bien, para apoyar mis razones, hacer el paralelo entre el servicio de un oficial de artillería en campaña, desde subteniente hasta general, con los de igual clase del ejército; pero lo omito porque necesariamente tendria que repe-

tir el cuadro que ya ha trazado el citado general de nuestra arma Duchand. Con su lectura se convence uno hasta la saciedad que desde alférez hasta general somos parte integrante de las divisiones, con ellas marchamos, con ellas y en mayor escala sufrimos las privaciones, con ellas combatimos, y en fin, como el que mas, podemos conocer y practicar los principios de táctica, estrategia, logística y camuflaje. El comandante general de artillería de una division ó ejército necesita poseer tantos conocimientos militares como un general en jefe.

Se dice que la artillería no es una arma decisiva en las batallas. No es esto tampoco tan exacto como quiere suponerse. Claro está que la artillería no puede como la caballería perseguir y aprovecharse de la derrota causada en un cuerpo de tropas. Pero contrayéndonos á la misma de Wagram, que se cita en el Boletín, nos dicen: «que no hubiera tenido resultado si despues de haber la batería monstruo contenido á los austriacos, no hubiera habido infantería ni caballería que los persiguiese». Es bien seguro que sin la batería monstruo, la infantería y caballería francesa no hubiese perseguido á los austriacos, por consiguiente no sé yo quien fue allí la arma decisiva. Al contrario sucede, continúa el Boletín, se quiere hallar una batalla decidida por infantería y caballería? No hay mas que abrir la historia, y en cualquiera página se encontrará una. Pues si esto es así, si el alma de la guerra es la infantería y caballería ¿no se deduce facilmente que los generales que produzcan estas armas son los mas aptos para mandar en jefe?»

A mi me parece que no: lo que yo deduzco es que la infantería y caballería han ganado y ganan mas acciones, porque son mas en número y porque son armas antiquísimas cuando la artillería es moderna. Concedo desde luego que por cada general que salga de artillería deben salir veinte del ejército, y que entre veinte hay mas probabilidad de encontrar un buen general en jefe, todo esto es exacto; pero es cuestión de números, no de capacidades, y nunca probará que deba escluirse á todos los artilleros.

Con tono festivo nos pregunta el Boletín Oficial, si cuando Napoleón siendo cónsul trazaba en su gabinete cuatro meses antes de la jornada de Marengo la gigantesca marcha que efectuó y tuvo por resultado la batalla citada ¿haria uso de la *trayectoria* ó de la teoría de *desenfilada*? Esto pregunta el Boletín, y para mi podré estar en un error, pero para cuantos grandes cálculos políticos y militares concibió Napoleón le sirvieron de mucho el conocimiento de la *trayectoria* y de la teoría de la *desenfilada*. Aquel hombre prodigioso ejerció por primera vez su talento en el colegio de Brienne, dedicado al estudio de las matemáticas, estudio que indudablemente abre un vasto campo á los que como él poseen un grande ingenio, un carácter elevado, estudioso, meditador y profundo en sus investigaciones. Véase, pues, como aquellos estudios no le fueron ciertamente inútiles y mucho mas, como no puede ocultarse á los ilustrados redactores del Boletín, un buen general en jefe tiene que saber algo mas que lo que esclusivamente concierne al soldado. Un general en jefe es un poder

en muchas ocasiones independiente, no solo gana batallas, sino que organiza países, los legisla y es mas soberano que un Rey: de él exclusivamente depende la suerte de los pueblos que conquista.

No hay duda (como dice un escritor militar) que en todas las ciencias, como en todas las ocasiones de la vida, el *saber* y el *saber ejecutar* son cosas enteramente distintas; y si se consigue con frecuencia encontrar quien posee solo la última, la reunión de ambas es siempre la que constituye un hombre superior y asegura el éxito. Yo concedo desde luego que ciertas cualidades, quizá las que dan renombre y lustre á un general en jefe, no se adquieren por mucho que se estudie, pero dudo tambien que aquellas se adquieran por mandar largo tiempo y con opinion un regimiento. De un buen coronel, de un buen general de division, hay una distancia inmensa á un buen general en jefe. Grandes capitanes ha habido que no han hecho su aprendizaje en las filas de un batallon. Pedro el Grande, Condé, Federico y Napoleon son buenos ejemplos de esta verdad.

Si pues se reflexiona detenidamente sobre las infinitas circunstancias que se requieren para ser un buen general en jefe, se deducirá que ninguna regla fija puede darse para determinar el empleo, la edad, ni el arma á que pertenezca la persona que deba desempeñar tan alto puesto; en todas armas y en todas edades hay especialidades, porque es preciso no hacerse ilusiones: especialidades son los hombres que sirven, en toda la estension de la palabra, para generales en jefe. Ni todos ni la mayor parte de los generales de infanteria y caballeria, por muy buenos que sean, servirán para el de en jefe, lo mismo que sucede en artilleria. Pero en artilleria como en el ejército los ha habido, hay, y puede haberlos que sirvan. Por consiguiente seria el coimo de la injusticia y atentatorio á la disciplina, no digo que una ley, porque eso seria atroz, sino que ni la práctica reconociese como inútiles para el mando, á generales cuyo defecto principal, único, esclusivo, es el llegar á aquellos empleos cuando ya tienen un pie en el sepulcro. De ahí, no de otra parte, data su inutilidad. Si se les atendiese siquiera con justicia; si el saber, si el pertenecer á un cuerpo facultativo no fuese la causa del atraso en sus carreras, entonces podría conocerse lo que valen los generales de artilleria. Cuantos gefes y oficiales han salido en tiempo de guerra fuera del cuerpo han llegado á ser jóvenes buenos generales: esto demuestra que la *trayectoria* y la *desenfilada* no estan tan reñidas como se supone con el mando de brigadas y divisiones.

Por último, si los oficiales generales de los cuerpos especiales no sirvieran, por falta de esa práctica tan decantada, para mandar cuerpos de operaciones, estoy pronto á probar que todas las defensas de las plazas, y las operaciones de un sitio debian ser dirigidas por aquellos generales, es decir que habria necesidad de dos clases de generales en jefe.

Déjense, pues, las cosas en el estado en que se hallan. No es de creer que á ningun general subinspector de artilleria se le ocurra en su avanzada edad el buscar con empeño aquellas funciones importantes. Pero ya que su alta posicion es fruto de largos servicios,

ya que la faja que ciñen estos militares respetables es su recompensa en los últimos años de la vida, no la acibaremos con un padron de ignominia; porque tal debe llamarse la declaracion general de incapacidad á toda una clase, que es lo que opina el Boletín, á nuestro entender erradamente, y en oposicion á lo que prescriben la lógica, la conveniencia y la justicia.

REALES ORDENES Y CIRCULARES.

27 de junio. — Concediendo autorizacion á los gefes de los cuerpos para mandar instruir informacion sumaria de las faltas que cometan los capellanes, y suspenderlos interinamente (bajo su responsabilidad) el destino, siempre que lo crean conveniente; pero con obligacion de dar cuenta, sin demora, á las autoridades eclesiástico-castrense y militar.

29 de *idem*. Accediendo S. M. á que se dirija una invitacion á los capitanes generales que lo han sido de las islas Filipinas desde el tiempo de su conquista, que aun vivan, y á las familias de los que ya no existen, para que se sirvan facilitar sus retratos, con objeto de colocarlos en el palacio de la capitanía general; siendo al mismo tiempo la voluntad de S. M. que en lo sucesivo los capitanes generales de las mismas al dejar el mando, coloquen sus respectivos retratos en el lugar destinado al efecto.

1.º de julio. — Determinando el fondo á que debe cargarse el correege recibido, procedente de la extinguida milicia nacional.

3 de *idem*. Determinando que el repuesto de 11.992 camisas y 5.999 pares de zapatos existentes en Ceuta, procedentes de la expedicion de Africa, se distribuya en los cuerpos del ejército que se hallen de guarnicion en dicha plaza, y demas que se encuentren en el distrito de Andalucía, á los precios de 19 y 14 reales, á que costaron á la administracion militar; admitiéndose en pago de las prendas que cada regimiento reciba, el tanto correspondiente de las libranzas que tengan sin realizar y que sean expedidas con posterioridad al 1.º de setiembre de 1843.

16 de *idem*. — Disponiendo que ninguna plaza armada de los diferentes institutos del ejército use sino el fusil arreglado al modelo aprobado para la clase de tropa.

NOMBRAMIENTOS Y PROMOCIONES.

En 19 de junio. — Destinando al regimiento de Mallorca á don José Moran, subteniente de infantería.

Idem. Colocando en el regimiento de Soria á don Blas Durana, comandante de reemplazo.

Idem. Nombrando ayudante del regimiento de América á don Lázaro Alcalá, teniente del propio cuerpo.

Idem. Del de Zamora á don César Cabana, teniente del mismo cuerpo.

Idem. Concediendo grado de teniente á don Basilio Solís, subteniente del regimiento de Estremadura.

En 25 de idem. — Nombrando ayudante del regimiento de Galicia á don José Bort, teniente del mismo cuerpo.

Idem. Concediendo el grado de teniente á don Gerónimo Ceruti, empleado en la Inspeccion general de infantería. (*Bolet. del Ejérc.*)

Caballería. — *En 17 de junio.* — Concediendo empleo de alférez á don Camilo Gonzalez.

Idem. Grado de coronel á don Nicolás Moreno Monroy, teniente coronel del regimiento Coraceros del Rey.

En 16 de idem. — Colocando en el regimiento de la Constitucion al alférez don Ratael Navarro.

Idem. Colocando de efectivo en el regimiento de Almansa al alférez don Salvador Gonzalez.

Idem. En iguales términos en el del Principe á don Felipe de Torres.

Idem. Colocando de efectivo en el mismo regimiento al gefe de escuadron, en situacion de reemplazo, don Vicente de Castro.

18 de idem. — Declarando empleo de teniente y grado de capitán á don Francisco Gualdo, procedente del convenio de Vergara.

Idem. Concediendo empleo de segundo comandante al capitán don Francisco Gutierrez.

Idem. Concediendo grado de teniente coronel al capitán don Joaquin Gallarza.

Idem. El de teniente al alférez del regimiento del Principe don Domingo Baraibar.

19 de junio. Nombrando coronel del regimiento Cazadores de Luzon, del ejército de las istas Filipinas, al de igual clase, del regimiento de Lusitania, D. Ramon Soler.

25 de idem. Concediendo la cruz de san Fernando, de primera clase, á D. Mannel Villalon, y la de plata de la misma, á los sargentos segundos, Julian Garcia y José Ruiz, todos del regimiento de Almansa.

26 de idem. — Concediendo el pase á caballería al subteniente de milicias don Bernardo Esquivel.

Idem. Concediendo grado de alférez á don Cirilo Gastejon, sargento 1.º del regimiento de Alcantara.

Idem. A don Francisco Ponce, sargento primero del regimiento de Almansa.

28 de idem. Concediendo la cruz de san Hermenegildo á don José Azopardo, gefe de escuadron del regimiento de España.

29 de idem. Concediendo al brigadier, don Rafael Leon y Navarrete la cruz supernumeraria de Carlos III, libre de pruebas y gastos.

4 de julio. — Concediendo pase á caballería al ayudante de infantería don Luis Sanchez Garcés, pero con la condicion de quedar de teniente.

Redactor único: LUIS CORSINI.

IMPRENTA DE J. MARTIN ALEGRIA.